

*El sacrificio prohibido*

*Marie Balmary*

EL SACRIFICIO PROHIBIDO  
FREUD Y LA BIBLIA

Traducción del francés de Mayka Lahoz

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original	LE SACRIFICE INTERDIT: FREUD ET LA BIBLE
Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL Plaça del Nord, 4, pral. 1. <sup>a</sup> 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 43
Primera edición	FEBRERO DEL 2018
Dirección editorial	IGNASI MORETA
Producción editorial	ELISENDA SEVILLA I ALTÉS
Producción gráfica	INÈS CASTEL-BRANCO
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, S. A.
© 1986	ÉDITIONS GRASSET & FASQUELLE por el texto
© 2018	MAYKA LAHOZ BERRAL por la traducción del francés
© 2018	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U. por esta edición
Depósito legal	B. 10.292-2018
ISBN	978-84-15518-82-2
	Con el apoyo del Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya
	PRINTED IN SPAIN
	RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

## ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
<b>I CREYENTES Y NO-CREYENTES: CORAZONES QUE SE PARECEN</b>	27
1 Freud hace un sacrificio	27
2 Un hijo atado	29
3 Hombre-Ciencia contra Mujer-Religión	32
4 Palabras parecidas en Lacan	35
5 Lo que puede leerse en el corazón de un creyente: una experiencia	38
6 El relato pervertido	39
7 ¿De dónde sacamos eso?	42
8 Un paso estrecho	47
9 Una lectura «salvaje» y común	49
10 La última palabra	52
<b>II EL INCONSCIENTE Y «AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO»</b>	57
1 Una mujer invoca el mandamiento	58
2 Freud denuncia el mandamiento	63
3 Amar o reprochar	66
4 La Biblia: reprochar para amar	69
5 Comentario	72
6 Es difícil decir <i>la ofensa</i>	75
7 Freud pierde la memoria	78
8 Culpable de la ofensa sufrida	82
9 Revivir y reencontrar la ofensa; la transferencia	83

<b>III LA TORRE O EL ARCO IRIS</b>	89
1 Freud contra lo totalitario: Iglesia, familia, partido...	90
2 La torre de Babel	96
3 Comentario: una decisión que tomar	101
4 Cuando «Tú» no es otro, «Nosotros» no es nadie	103
5 La torre o el arco iris	106
6 El grito de un hijo de Babel: «Bajo el signo de Marte»	110
7 El dios al que podemos considerar culpable	116
8 Portador del cuchillo: Jesús	118
9 El cuchillo de Salomón	124
<b>IV SABIOS CONTRA LOS ÍDOLOS</b>	129
1 El «dulce veneno» de la religión (Freud)	129
2 ¿Freud, más obediente que Moisés?	134
3 ...y que Jesús	135
4 Hacia Abrahán	144
<b>V LA LLAMADA DE ABRAHÁN: «VE HACIA TI»</b>	147
1 Un hombre tenía tres hijos; y una hija	148
2 Saray: una enfermedad profética	153
3 La primera salida	156
4 Lo divino habla: «Ve hacia ti»	158
5 Otro hijo viene a sí mismo	162
6 Los tres envoltorios del humano	165
7 La tierra prometida, tierra del Yo y del Tú	169
<b>VI EL BENDECIDO VISITA AL MALDECIDO</b>	173
1 La promesa de nacer	173
2 Obedecer el llamamiento, obedecer el envoltorio	175
3 «Deja a los muertos enterrar a los muertos»	178
4 Un profeta «mata» a padre y a madre	180
5 ¿Por qué Abrán va a Canaán?	182
6 El hombre transparente hasta el sexo	186
7 Dios es visto	191
8 Edipo, el ciego	194

<b>VII LA CURACIÓN DE SARA</b>	199
1 El Nombre de Dios es un lugar de la Palabra	200
2 Donde el primer error simbólico reaparece	202
3 «Sal de tu destino»	206
4 Saray, Abrán, Agar	209
5 El cambio de los nombres: texto confiscado	211
6 Circuncisión	213
7 Ya no te llamarás: «Mi princesa»	215
8 Comentario	216
9 Abrahán vuelve a actuar y Sara encuentra al hombre de respeto	223
10 Un justo en Canaán	227
11 Los ojos tapados	229
<b>VIII UN HIJO LIBRE</b>	233
1 Inconsciente e irracional	233
2 El sacrificio de Abrahán (tal como lo imaginamos)	236
3 ¿La no violencia es el sacrificio de sí?	238
4 Relato de un método	243
5 El destete de Isaac – Ismael y su madre, expulsados	247
6 El no sacrificio de Isaac	252
7 ¿Dónde está el cordero del sacrificio?	258
8 La visión de Abrahán	263
9 Bendición	264
10 El no sacrificio de Jesús	265
<b>IX NACER DE ARRIBA</b>	269
1 Trabajo de alma, el acceso a «Yo soy»	269
2 Lo que debe ser destruido (Dios verá...)	277
3 El padre, el hijo y la muerte	280
4 Oración	282
5 El cuchillo pasa por donde puede	285
6 Ser engendrado de arriba (conversación con Nicodemo)	288
7 El renacimiento de Jesús: bautismo	294
8 La prueba: desnacer o renacer	297
9 Lo que llamamos depresión	301

X	EN EDÉN	303
1	Un texto irremplazado	303
2	Las siete liberaciones de Abrahán	305
3	Primer relato: macho y hembra; la imagen del dios que dice «Nosotros»	309
4	Segundo relato: el texto	312
5	Creación del hombre	317
6	Lo entre-dicho	319
7	Creación de la mujer	322
8	La diferencia divina	324
9	Los dos árboles, los dos cuerpos	328
10	La serpiente que habla: diálogo del falo y de la falta	331
11	La destrucción del verbo	334
12	La diferencia comida	337
13	La anticomida del Edén	341
14	«Como uno de nosotros»	348
	<i>Conclusión</i>	351
	<i>Bibliografía</i>	369

## AGRADECIMIENTOS

A BRIGITTE DARDAUD, Nicole Dautzenberg, Marie-Michèle Grolleron, Gilberte Passebosc, cuyas búsquedas cotidianas de verdad me han conducido a buscar de otro modo y no únicamente a través del psicoanálisis.

Doy las gracias a Paul Beauchamp, cuyos escritos<sup>1</sup> y enseñanza me han permitido leer la Biblia sin deber jamás olvidar el inconsciente. Que reciba también mi gratitud por reunir a gente tan diferente que busca de manera conjunta. Entre esa gente, aunque me gustaría mencionarlos a todos sin olvidarme de nadie, cito particularmente a Colette Briffard y a Michel Menvielle por esos seis años de lectura común durante los cuales su propia investigación y nuestra escucha mutua tanto me aportaron. Agradezco a Michel haber leído el manuscrito.

Mi agradecimiento también por sus respuestas a mis preguntas, y por sus preguntas a mis respuestas, a Christiane Mallet-Watteville y a Xavier de Chalendar.

<sup>1</sup> Particularmente: *L'un et l'autre Testament*, Seuil, París, 1976; *Psaumes nuit et jour*, Seuil, París, 1980; *Le récit, la lettre et le corps*, Cerf, París, 1982. [Traducción castellana de las dos primeras obras: Paul BEAUCHAMP, *El uno y el otro Testamento*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2015; IDEM, *Los salmos noche y día*, Cristiandad, Madrid, 1981.]

Entre los psicoanalistas, agradezco particularmente a Robert Higgins haber visto tan bien el desafío de una lectura bíblica para y con psicoanalistas, así como también doy las gracias a Alice Cherki, a Monique Selz, con quien me abrí paso hasta la Biblia hebrea, y a Tristan Foulliaron.

Gracias a Anne-Marie Tate; su lectura atenta del manuscrito, del que se ha ocupado, me ha ayudado a escribir.

Con todos ellos he compartido más que la lectura de textos; debería decir, más bien, que esos textos los hemos experimentado, en grados diversos, entre nosotros; la presente obra, sin embargo, no me compromete más que a mí.

Por último, es con Dominique Balmory con quien he vivido desde el principio este camino cuyo itinerario escribo. Que encuentre aquí, así como nuestros hijos, la expresión de mi más profundo reconocimiento.

## INTRODUCCIÓN

*No creamos que entraremos en el cielo  
antes de entrar en nuestra alma.*

SANTA TERESA DE JESÚS

HACE MUCHOS AÑOS que leo la obra de Freud y que leo la Biblia sin querer abandonar ni la una ni la otra.

Cuando empecé, el debate era casi imposible. Cada una de esas lecturas, de las que yo pensaba que una cuestionaba a la otra, parecía más bien anularlo. Otros psicoanalistas, sin embargo, llevaron a cabo algo parecido y algunos hicieron públicos sus trabajos en ese terreno. En cuanto a mí, me parece necesario si quiero, a mi vez, comunicar el resultado actual de mis investigaciones, no hacerlo sin referir al mismo tiempo mi itinerario, como lectora de los escritos bíblicos y psicoanalíticos y como persona para quien esas dos lecturas están vinculadas a la experiencia de la vida. Por otra parte, ¿no están ambos, psicoanálisis y tradición bíblica, fundados en relatos que dan cuenta, respectivamente, de experiencias del inconsciente y de experiencias de lo «divino», término vago que conviene en este inicio de recorrido?

Sin embargo, no faltan los obstáculos a esa doble lectura, como demuestra la desconfianza manifestada por el psicoanálisis hacia la religión y por la religión hacia el psicoanálisis.

El mayor obstáculo lleva el nombre de Freud, cuya principal obra concerniente a la religión bloquea, ya desde el título, el camino: *El porvenir de una ilusión* (1927).

Desde los primeros años de su descubrimiento y hasta sus últimos días, Freud intentó horadar el misterio de los orígenes de la vida espiritual del hombre —vida psíquica, vida afectiva, vida moral, todos esos términos son convenientes aquí sin que ninguno de ellos sea suficiente. Nuestros lejanos ancestros, los primeros hombres, ¿qué pensamientos, qué sentimientos habían podido tener los unos con los otros? Freud intentó responder a esa pregunta desde que creyó haber avanzado suficientemente en esta otra: ¿qué sentimientos, qué deseos surgen en el niño cuando este despierta a la vida en el seno de una familia?

Esas dos preguntas, Freud las consideró como todavía no resueltas; creyó posible, a partir de sus investigaciones con respecto a la primera (la infancia), atravesar las respuestas que religiones y mitologías aportaban a la segunda (el origen); pensó poder situarse por encima de los textos bíblicos en los que el hombre intenta relatarse a sí mismo la vida y el espíritu: en efecto, la tradición bíblica hace intervenir a una persona misteriosa, Dios; Freud se ahorró totalmente ese misterio e intentó explicar lo que había pasado «al principio», o, más bien, en el momento de tres principios: el de la humanidad, el del pueblo judío, el de la Iglesia cristiana.

A fin de no sumir al lector menos familiarizado con el psicoanálisis en un embrollo desagradable —el lector informado tendrá paciencia—, me permito retomar el claro resumen que hizo Marthe Robert sobre Freud,<sup>1</sup> que resitúa

<sup>1</sup> En la *Encyclopaedia Universalis*.

las cosas en su desarrollo. Efectivamente, si el complejo de Edipo es en lo sucesivo conocido por el público, las consecuencias que de él extrajo Freud con respecto a la religión pueden serlo menos. Luego diré cómo llegué a poner en tela de juicio esa teorización freudiana.

Hablando del autoanálisis de Freud, Marthe Robert recuerda que fue acometido

en gran parte para superar las consecuencias de una grave ilusión teórica de la que él (Freud) se daba vagamente cuenta sin llegar, no obstante, a explicársela. Fiándose de numerosas informaciones recopiladas durante sus curas, había, en efecto, sostenido que la causa de la histeria reside en la *seducción precoz* del niño por parte de un adulto del sexo contrario (el padre o un educador para la hija, la madre o una institutriz para el hijo); ahora bien, una vez publicada esa tesis, se percató de que una circunstancia tan particular difícilmente podía tener un alcance universal, a menos que se admitiera el hecho increíble de que todos los padres y todas las madres tuvieran un comportamiento incestuoso. Sin embargo, los hechos estaban ahí, todos los testimonios de sus pacientes concordaban; ¿cómo era eso posible? ¿Por qué había estado tanto tiempo equivocado? [...] Durante varios años, esas preguntas lo sumieron en el más profundo desconcierto, y solo cuando el análisis de sus sueños le hubo permitido reconstruir hechos fechables de su infancia pudo remontar hasta el origen de su error. [...] Raramente un error fue tan fecundo, es verdad, puesto que, al darse cuenta de que el niño seducido no era más que un mito que ocultaba al niño seductor, dispuesto a matar a su padre para poseer a una madre ardientemente deseada, comprendió de golpe el drama fatal de toda infancia, que él denominó «complejo de Edipo» en recuerdo de los dos crímenes cometidos por el héroe griego. Desde ese momento, el psicoanálisis estaba en posesión de la piedra angular de su teoría, que iba a cambiar completamente la imagen que el hombre se forma de sí mismo.

Más tarde, Freud, avanzando en sus hipótesis,

concibe el drama «edípico» como el acontecimiento primero, el hecho histórico primordial en el que el parricida no es solo *representado* a través de mitos o de símbolos sino *vivido* realmente por padres tiránicos e hijos sublevados. [...] Con *Tótem y tabú* sabemos ahora que el crimen original realmente tuvo lugar, el padre de la horda primitiva fue de verdad asesinado, luego devorado por los hermanos aliados contra él; enterrado pronto en el inconsciente de todos, ese crimen marcó, sin embargo, a la humanidad con una huella imborrable, puesto que todas nuestras religiones no son más que la culminación de los ritos, de las ceremonias y de los sacrificios culturales con los que generaciones de hijos intentaron redimirse adorando al ancestro ultrajado.

Coherente consigo mismo, Freud termina, pues, su obra con la hipótesis de Moisés asesinado por los judíos, para quienes

encarnaba con una inexpresable majestuosidad al padre todopoderoso, tan odiado como venerado; y es porque no pudieron jamás olvidarlo, porque el padre asesinado los atormentaba y los dejaba inconsolables, por lo que elevaron a Moisés al rango de profeta, y su ley, enteramente humana, la elevaron a la altura de un mandato divino vigente hasta la eternidad.

Esa obra teórica de Freud, concerniente tanto a la infancia de cada hombre como a la infancia de la humanidad, me vi inducida a ponerla en tela de juicio.

Estaba trabajando en una tesis sobre la «toma de conciencia» cuando fueron publicadas diversas obras biográficas relativas al fundador del psicoanálisis; sus autores aportaban elementos totalmente nuevos, ignorados, parecía, por el mismo Sigmund Freud, como, por ejemplo, el hecho de que su padre habría estado casado tres veces y no dos, como él creía

y escribía. ¿Por qué esos secretos? ¿Qué escondían? ¿A quién protegían? Para resumir, digamos que, como muchos «secretos de familia», pretendían preservar la figura ejemplar de los padres, y particularmente la del padre. Me pareció entonces extraño que esa teoría psicoanalítica que exculpaba al padre de graves ofensas hacia el niño hubiera sido inventada justo en el momento en que su autor tenía que vivir el duelo por su anciano padre, un padre, él mismo, falsamente exculpado por el secreto familiar. Freud entonces ya no quiso creer más a sus pacientes como antes, cuando estas le referían el relato de una agresión sexual por parte del padre o del hermano. Y fue en el momento en que declaró inocente a su padre muerto, en el momento en que sospechó que sus pacientes fabulaban inconscientemente, cuando «descubrió» el complejo de Edipo. La coincidencia era para mí inquietante; al ir yo misma al texto griego, me di cuenta con asombro de que el ejemplo escogido por Freud era aún más elocuente de lo que él creía y contradecía el uso que él hacía del mito; en efecto, ni la tradición ni la tragedia griega sitúan el origen de las desgracias de Edipo en los deseos parricidas e incestuosos del mismo Edipo. Esos crímenes no son más que la consecuencia involuntaria de una sucesión de graves errores simbólicos (las personas ya no ocupan su verdadero lugar en las relaciones) y de un crimen: un acto de seducción y raptó homosexuales que cometió Layo, el padre de Edipo, con respecto al hijo de su anfitrión, hecho que provocó el suicidio del muchacho. Ese crimen de Layo fue castigado con una maldición, la cual le prohibía tener un hijo porque, si no, este lo mataría.

¿Por qué Freud no había tenido eso para nada en cuenta? No podía ser más que porque una misma represión —de la que, sin embargo, él era el genial descubridor— operaba en él

mismo tanto en relación con su propia historia familiar como con su lectura censurada del mito edípico. La científicidad del complejo de Edipo tal como Freud la concebía estaba puesta en duda; yo ya no podía ver a Edipo, ni ver al humano, como los únicos responsables de su destino o de su neurosis. (Me decía: si la falta ocultada se transmite de generación en generación, se trata, curiosamente, de una falta bíblica.)

Llegué entonces, con toda naturalidad, a poner también en duda la transposición del complejo de Edipo a la humanidad. Esa barrera que Freud oponía a la religión, tanto a la judía como a la cristiana, considerándolas las consecuencias del crimen de los hijos contra el padre, ya no ofrecía la misma solidez si se confirmaba que el mismo Freud había pasado por alto tres veces, en el plano familiar, en el plano clínico y en el plano mítico, la misma cosa: que los padres y los educadores pueden haber cometido actos reprobables contra el niño, no siendo esos actos ajenos a lo que sufría el héroe mítico, pero también los pacientes de Freud y el mismo Freud.

La convergencia de mi investigación con la de Marianne Krüll<sup>2</sup> en cuanto a nuestras conclusiones, si no a nuestros métodos, investigaciones aparecidas, además, en el mismo mes, una en París, la otra en Múnich, sin que supiéramos nada la una de la otra, me confirmó en mis deducciones. Después vinieron otras confirmaciones; la publicación, por parte de Jeffrey Moussaieff Masson, de cartas de Freud hasta entonces censuradas o inéditas<sup>3</sup> remata, a mi juicio, esa fase de replanteamiento.

<sup>2</sup> Marianne KRÜLL, *Freud und sein Vater*, C. H. Beck, Múnich, 1979.

<sup>3</sup> Jeffrey Moussaieff MASSON, *El asalto a la verdad. La renuncia de Freud a la teoría de la seducción*, Seix Barral, Barcelona, 1985.

También otros investigadores, partiendo de puntos diferentes, habían llegado, por su parte, a la misma constatación: la primera teoría de Freud (la ofensa en el origen de los trastornos de la mente) parecía más acertada que la segunda (el deseo en el origen de los trastornos de la mente). Freud no había caído en la cuenta de un error, había rechazado un descubrimiento, y luego había racionalizado ese rechazo mediante la teoría. Rechazo parcial, afortunadamente, puesto que nunca descartó completamente los acontecimientos y las situaciones de carácter traumático como causa de la neurosis. Su más próximo y fiel discípulo, el húngaro Ferenczi, por el avance mismo de su propia investigación, llegó a recuperar poco a poco la primera intuición de su maestro. Freud entonces lo mantuvo alejado. Y son los herederos de esa corriente húngara los que hoy coinciden con los investigadores que partían del mismo Freud (y de Sófocles), entre los que me encuentro, en un cuestionamiento general de los datos biográficos de Freud y de sus correlaciones con la teoría que él elaboró.<sup>4</sup>

Desde que Freud devino él mismo cuestionable, el obstáculo que él representaba en el camino bíblico se encontró para mí suficientemente apartado. Había escrito *Tótem y tabú*, libro en el que explicaba el origen de la culpabilidad y de la religión por el asesinato del Padre. Ese libro cubría completamente el libro bíblico del Génesis proponiendo otra génesis, otra falta original. Sin embargo, parecía no ser suficiente. Del mismo modo, su *Moisés y la religión monoteísta*, en el que dejaba constancia de un Moisés egipcio, asesinado por su pueblo, cerraba el acceso a los otros cuatro libros

<sup>4</sup> Pienso aquí, particularmente, en Maria Torok, en Barbro Sylwan, en Philippe Réfabert y en Pierre Sabourin.

bíblicos que, junto con el Génesis, constituyen los cimientos del judaísmo. Una vez descartadas sus suposiciones, los cinco libros de la Torá (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) volvían a ser visitables. En consecuencia, al no aceptarse ya el asesinato del Padre como explicación universal de la religión, la historia de Jesús de Nazaret ya no podía ser leída como la expiación por parte del Hijo del crimen perpetrado contra el Padre. El camino de los Evangelios también se abría.

No querría que el lector infiriese de lo anterior una oposición sin fisuras de Freud hacia Moisés o hacia la religión. De un hombre como él no sorprende oír ideas muy diversas y que podrían pasar por contradictorias. No es mi intención enumerar aquí todos los movimientos de corazón y de pensamiento que experimentó Freud con respecto a la religión. Otros, de quienes haré mención más adelante, lo han hecho. Permítaseme simplemente ilustrar lo que acabo de decir con dos ejemplos.

Freud examinó en primer lugar la religión tal como la concibe el hombre ordinario, como ese «sistema de doctrinas y promisiones que, por un lado, le explican con envidiable integridad los enigmas de este mundo, y por otro, le aseguran que una solícita Providencia guardará su vida y recompensará en una existencia ultraterrena las eventuales privaciones que sufra en esta».<sup>5</sup>

Esa Providencia, figura de un padre todopoderoso, le parece a Freud completamente infantil, y tan alejada de la realidad... «que el más mínimo sentido humanitario nos

<sup>5</sup> Sigmund FREUD, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Alianza, Madrid, 2000, p. 17-18, donde Freud resume *El porvenir de una ilusión*.

tornará dolorosa la idea de que la gran mayoría de los mortales jamás podría elevarse por encima de semejante concepción de la vida».<sup>6</sup>

Pero, para aquellos que, «obligados a reconocer la posición insostenible de esta religión, intentan, no obstante, defenderla palmo a palmo en lastimosas acciones de retirada»,<sup>7</sup> añade esta frase, que yo considero como uno de sus movimientos proféticos:

Uno se siente tentado a formar en las filas de los creyentes, para exhortar a no invocar en vano el nombre del Señor a aquellos filósofos que creen poder salvar al Dios de la religión reemplazándolo por un principio impersonal, nebulosamente abstracto.<sup>8</sup>

Para Freud, la «fe del carbonero» es una ilusión infantil pero inocente, mientras que la de los filósofos transgrede uno de los diez mandamientos.<sup>9</sup>

Otro ejemplo ahora, otro movimiento del corazón de Freud. Esta vez, él mismo lamenta haber hablado mal respecto a Moisés. En Londres, donde se refugió al final de su vida huyendo del nazismo, recibe la visita de Stefan Zweig, quien relata ese encuentro:

Recientemente había publicado su estudio sobre Moisés, en el que lo presentaba como un no-judío, como egipcio, y con esta afirmación, científicamente difícil de justificar, hirió tanto a los judíos creyentes como a los judíos con conciencia nacional. Ahora lamentaba la publicación de ese libro en la hora más funesta

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>7</sup> *Ibidem.*

<sup>8</sup> *Ibidem.*

<sup>9</sup> «No pronunciarás en vano el nombre de YHWH, tu Dios, porque YHWH no disculpa a quien pronuncia su nombre en vano» (Ex 20,7).

para el judaísmo, «ahora que todo se les quita, yo les quito a su mejor hombre».<sup>10</sup>

Un día, pues, me encontré ante una Biblia, si se me permite decirlo así, liberada de Freud, o, para decirlo de otro modo, constaté que nada se oponía ya a que yo la leyera nuevamente, esta vez como psicoanalista.

Rindo este homenaje a aquellos que me formaron en la lectura bíblica: no me pidieron que olvidara el psicoanálisis para leer con ellos.

Una nueva dificultad apareció entonces: nada es posible para un psicoanalista que intenta interpretar un sueño si no lo comprende en la lengua que habla el soñador. Así pues, tuve que adquirir las herramientas lingüísticas necesarias (hebreo y griego bíblicos). Doy las gracias a aquellas personas de las comunidades judías y cristianas que me las transmitieron.

Judías y cristianas, he dicho: efectivamente, decidí volver a leer los dos Testamentos, no porque confundiera las dos religiones, sino porque ambas constituyen la memoria de los pueblos a los que pertenezco. No actúo, con esa decisión, de manera distinta a como, por otra parte, actuaba Freud, quien nunca fijó su reflexión en una u otra de esas tradiciones. Es, de hecho, muy difícil trabajar esos dos conjuntos de textos sin ver la absoluta filiación del segundo Testamento con relación al primero, filiación no ocultada, sino reivindicada a lo largo de todos los Evangelios, y que únicamente la pérdida de la memoria judía entre los cristianos pudo hacer que estos desconocieran.

<sup>10</sup> Stefan ZWEIF, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado, Barcelona, 2001, p. 531-532.

Para presentar textos bíblicos al lector tuve que elegir una traducción. Yo misma trabajo con varias, pero no podía mantener en este libro la misma exigencia, porque habría hecho de este un ensayo demasiado voluminoso y costoso. Así que tomé una decisión, sin prohibirme, sin embargo, citar otras traducciones francesas, excelentes, admitiendo que la perfección, en ese terreno más que en otros, no podía existir. Mi elección recayó sobre una obra reciente —y, debido a ello, todavía no dormida—, a la que yo misma me remito siempre al menos una vez, porque es la más próxima a lo que un psicoanalista puede desear encontrar. Traducción literal en la medida de lo posible, hasta tal punto que el francés se tambalea un poco; a veces discutible, seguramente, pero con un sabor y con un vigor que eran difíciles de imaginar antes de ella en el texto hebreo. Va del primer Libro judío al último Libro cristiano, algo nunca hecho antes por un hijo de Israel. André Chouraqui hizo ahí un trabajo asombroso. Esa traducción tiene, más que las otras, necesidad de las demás traducciones (quizá es demasiado viva para bastarse a sí misma). Al lector judío o cristiano que conoce de antemano el texto, le ofrece muy a menudo ese tipo de felicidad que un célebre comediante inglés, intérprete de todos los grandes papeles shakespearianos, habría querido que aún fuese posible: sentir a Hamlet por primera vez.

En alguna ocasión tendré que escoger para un pasaje tal o tal otra traducción, que ya indicaré. Siempre he retomado al mismo tiempo el texto original y he intentado transmitir al lector el o los sentidos del término hebreo o griego cuando este me ha parecido importante o intraducible. Sin querer encerrarme en ningún sistema, he escrito, más bien, tal como indago, sin tener la ambición de hacer un tratado, sino un relato.